



Virginia Woolf y la ley

Por Carlos Peña González

La gente no es capaz de comprender lo que a una mujer puede pasarle, sin que medie su consentimiento, su estético consentimiento interior. Esas son las palabras que, si no recuerdo mal, dijo Marilyn Monroe a Truman Capote, quien, por su parte, las recogió para uno de sus reportajes en Vanity Fair: "Puedo hacer todo lo que quiero, porque sólo puedo hacer aquello que debo hacer", eso es, de otro lado, lo que llamo -en "Casa de Malbecos"-, hace decir a Nora, esa mujer que recorrió vida mediante los artificios de la literatura hacia fines del sig. XIX y a través del cual tuvo mostrada una utopía: la podía ser la obediencia. Mientras Mori ya confiesa a Capote cada tres veces lo que, en verdad, no quería, Nora, ese espléndido y en cierta forma esdrújulo personaje de Woolf, muestra hasta qué punto la dominación se ha instalado en su interior hasta casi confundirse con ella.

Recuerdo estas cosas porque ellas parecen de mani festo de qué manera las mujeres parecen desear ver su vida, real o imaginaria, no desde la transparencia o la soberanía de su voluntad, sino desde un primer, desde una eterna pertenencia cultural e histórica que configura sus actitudes, disposiciones y que, de una manera sigilosa, no les impide ser, sino, por todavía, les impide elegir su ser. Pierre Bordieu demostró: "eternización de la arbitrariedad" a un fenómeno en virtud del cual, una institución simbólica es reducida, casi como una segunda naturaleza o una piel, tanto por el dominador como por el dominado. Distinciones puramente congeñadas y a menudo violentas, dijo Bordieu, acaban engendrando en distinciones firmes que comienzan, de pronto, a funcionar sin ninguna violencia explícita y a adquirir la tranquilidad y sencillez

naturalidad de la respiración.

En esa eternización de lo arbitrario, en ese proceso de coexistencia, diríamos, la historia en naturaleza, lo contingente es necesario, hasta incorporarlo casi con gentileza al lenguaje y al cuerpo de quienes dominan y de quienes son dominados, las instituciones juegan un papel fundamental.

"Al Faro", así se denomina una de las novelas menos populares, me atrevería a decir, de Virginia Woolf; aunque se trata, sin duda, de su novela más autobiográfica, en la que explora con sagacidad la mirada de las mujeres acerca de lo masculino. En "Al faro", como usted, sin duda, recuerda, la familia de los Ramsay, una familia victoriana con su mezcla de padre, madre y ocho hijos, habita durante las vacaciones de verano una gran casa en orillas del mar. A lo lejos, al otro lado de la bahía, existe un faro. La familia entera, con excepción del señor Ramsay, el padre, vive, con visitarlo. La excepción a ese lugar, que todos planean, no se realizará, sin embargo, sino hasta muchos años después, cuando los niños hayan dejado de serlo y varios de aquellos seres que miraban ansiosamente el faro, hayan muerto o estén definitivamente ausentes.

En una de las escenas de esa novela, James, el hijo de sólo seis años de edad, aparece totalmente poseído por la alegría de ir de paseo, al día siguiente, al lugar donde se erige el faro. Su cuerpo se agita y se altera en esta visión proyectada. El faro adonde James anhela ir es, en la novela de Woolf, casi una metáfora del deseo y de la libertad. La alegría del niño es, sin embargo, ahogada por la frase del padre: "no hará buen tiempo", que dice de pronto el señor Ramsay, poniendo así término a la alegría corporal, desbordante y ahistórica de su hijo. En esa escena -en la que nada más una frase desaloja a la alegría

la palabra del padre posee el efecto de constituir la realidad a que se refiere. Como si fuera un domingo, el padre constituye como un mal presagio el día del paseo, puesto que el niño, como suele ocurrir con los niños, toma al pie de la letra las palabras del padre inscribiendo así en su cuerpo la experiencia de que el poder ciega el deseo, modela y constituye a la realidad. De nada servirán, ni siquiera de consuelo, las palabras posteriores de la madre -"quizá haga buen día", dice ella- puesto que el carácter tornándose y perdición de las palabras del padre, quien por el solo hecho de intentar describir la realidad, la constituye, ha quedado inscrito para siempre en el cuerpo y el inconsciente de su hijo.

Como lo sugiere la novela de Virginia Woolf, la ley, el igual que las palabras del señor Ramsay, suele instalarse como una experiencia corporal. No se trata sólo que las consecuencias de la ley se ejerzan, como castigo, sobre el cuerpo; se trata de algo todavía más radical: la ley, el conjunto de las prohibiciones y normas que destruyen el capital simbólico de las sociedades, modela una cierta experiencia del propio cuerpo, se instala en nosotros y desde allí, sin que lo advirtamos, y como si fuéramos el personaje de Woolf, somos, los niños y mujeres, sometidos a la eternización de lo arbitrario, a la idea que no hay historia, sino, nada más, para nosotros esta.



Carlos Peña
González es
profesor de la
Universidad
Diego Portales.

CAPITAL #96, ST60, NOV. 8, 2002

P. 81

Virginia Woolf y la ley [artículo] Carlos Peña González.

Libros y documentos

AUTORÍA

Peña González, Carlos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Virginia Woolf y la ley [artículo] Carlos Peña González. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile